

Nuestro pan de cada día

Marc Casals

FONT: CASALS, Marc. *La piedra permanece. Historias de Bosnia-Herzegovina*. Madrid: Libros del K.O., 2021.

Capítol seleccionat d'aquest llibre, que retrata la història dels Balcans a partir de casos i vivències reals.

*Cuando llegue el gran acontecimiento [...]
a unos elevará, a otros degradará.*

Corán, sura Vakia

La idea que Sarajevo tiene de sí misma descansa sobre una paradoja: aunque su historia ha estado marcada por la diversidad, se concibe como un microcosmos cerrado. Este ensimismamiento viene dado por la ubicación de la ciudad en el fondo de un valle, pero a la vez se ha ido fraguando a lo largo de su historia. En ciertos periodos del tiempo que pasó bajo el Imperio otomano, la opulencia de Sarajevo como centro comercial le permitió establecer un acuerdo tácito con las autoridades, según el que cada nuevo gobernador de Bosnia solo podía alojarse en la ciudad durante la primera noche de su mandato. Para corresponder a esta deferencia, al principio el recién llegado evitaba inmiscuirse en los asuntos de los sarajevitas, pero entre el gobernador y la aristocracia local no tardaba en entablarse un pulso que se saldaba bien con la caída en desgracia de uno de los bandos, bien con su destierro o ejecución.

Además de esta negativa a plegarse a los designios externos, Sarajevo se valora en contraste con el entorno rural que la rodea como un solitario islote de cultura en un entorno atávico. Tanto el emplazamiento de la capital como su experiencia histórica han insuflado en sus habitantes un orgullo que bordea en la arrogancia y,

sobre todo, una obsesión por dilucidar quién es un auténtico sarajevita, hasta el extremo de que, para no ser despreciados como ciudadanos de segunda, muchos se presentan como nacidos en Sarajevo cuando en realidad no lo son. Los oriundos suelen bromear diciendo que alguien es «de Sarajevo de toda la vida desde hace X años».

Šemsudin no necesita mentir, porque es un sarajevita de toda la vida. Su hogar, el mismo de sus antepasados, se encuentra en una calle apacible situada no lejos del río Miljacka, que atraviesa todo el casco urbano. La sucesión de casas que se extiende a ambos lados de la calle es la viva estampa de la Sarajevo más tradicional y hermética, puesto que en todas se han reducido al mínimo tanto los balcones como las aberturas al exterior. Este repliegue puertas adentro es un reflejo de la cerrazón bosnia, pero también la manifestación arquitectónica del anhelo por garantizarse una precaria intimidad.

Nada más franquear el umbral de la casa empieza la jurisdicción del vecindario o *komšiluk*, al mismo tiempo el espacio físico de la comunidad de vecinos y la esfera moral que regula sus interacciones. Esta institución, fundamental en la cultura bosnia, presenta una doble naturaleza, ya que puede convertirse tanto en red salvadora frente a los apuros como en fuente de hipocresía y murmuración. Mediante una espesa red de invitaciones a tomar café, intercambios de obsequios y habladurías, el vecindario proporciona seguridad a sus habitantes y, al mismo tiempo, les aprisiona, al escrutar sus movimientos más nimios. Los más fisgones del *komšiluk* incluso colocan retrovisores mirando a la calle sobre el alféizar de las ventanas para supervisar lo que ocurre desde la comodidad de su sofá.

Dentro del pequeño mundo que conformaba el vecindario, los padres de Šemsudin eran conocidos por su negocio, una panadería dedicada a la elaboración de los tradicionales *somuni*. Cuenta la leyenda que estos panecillos de forma aplanada surgieron en Sarajevo en el siglo xvi, cuando Husrev-bey, gobernador de Bosnia, mandó construir una posada donde albergar a los viajeros. Al encargar a un tal Somun, intendente del ejército, que idease un manjar sabroso y de cocción sencilla para nutrir a los huéspedes, este adaptó una antigua receta de pan horneado con la que se solía

abastecer a las tropas del sultán, a la que añadió un fino detalle: pequeñas marcas en forma de cuadrícula que recordaban a las celosías de las casas tradicionales, tras cuyo enrejado las doncellas musulmanas fascinaban a sus cortejadores.

Portadores de estas reminiscencias sutiles en un alimento prosaico como el pan, los *somuni* se convirtieron en un elemento básico de la dieta de los sarajevitas, ya fuese como continente de los tradicionales ćevapi, pequeñas salchichas especiadas a la brasa, o como acompañamiento de estofados que los comensales rebañaban con avidez. La querencia paniega del pueblo bosnio impulsaba el negocio familiar, al que los vecinos acudían con una fidelidad inquebrantable. Gracias a eso, Šemsudin pasó una juventud carente de desvelos puesto que, mientras sus empleados asumían las tareas más ingratas del horno, él solo debía encargarse de comprar harina, levadura y sal.

En la década de los setenta, Šemsudin era lo que en Bosnia se conoce como un *meraklija*, un hedonista cuyo afán consiste en disfrutar de ágapes refinados y procurarse el máximo goce. Más allá de los placeres gastronómicos, no eran pocas las noches en las que volvía a casa acompañado: además de ser simpático por naturaleza, cuentan que se daba un aire a Alain Delon, así que las sarajevitas lo miraban con buenos ojos. Había llegado a un sobreentendido con su madre, Mensura, quien, aprovechando los beneficios de la panadería, se había comprado un chalé en la montaña. Cuando a su madre no le apetecía moverse de Sarajevo, Šemsudin se refugiaba en la naturaleza, mientras que, si Mensura echaba de menos los aires del monte, su hijo se quedaba solo en la ciudad. Mediante esta sencilla combinación, Šemsudin se aseguraba siempre un espacio para sus aventuras, seguidas ojo avizor por los oteadores del vecindario.

El chalé de montaña que había comprado Mensura se encontraba en el municipio de Pale, al pie de la estación de esquí de Jahorina, por lo que Šemsudin pasaba los inviernos deslizándose por las laderas. Considerada la cuna del esquí en Bosnia, Jahorina se benefició de la eclosión de los deportes de nieve en 1984, cuando Sarajevo acogió la XIV edición de los Juegos Olímpicos de Invierno. Las autoridades

socialistas, deseosas de promocionar Yugoslavia, no escatimaron en infraestructuras. Aunque, en la ceremonia inaugural, la bandera olímpica se izó bocabajo a causa de un descuido, los Juegos fueron un éxito rutilante, con Jahorina como escenario de las pruebas de esquí alpino. La euforia posterior a las Olimpiadas puso de moda el esquí entre los sarajevitas, que cada fin de semana abarrotaban los telesillas de la estación. Por eso Šemsudin se acostumbró a subir a Jahorina solo en los días laborables: esquiaba a pleno sol entre cimas y bosques de abetos mientras en el fondo del valle, bajo un mar de nubes, Sarajevo se ahogaba en un tupido *smog*.

Con la llegada del buen tiempo, una de las grandes aficiones de Šemsudin era viajar al extranjero y, en particular, a la ciudad italiana de Trieste, el destino predilecto de los yugoslavos. El gobierno del país, el más aperturista de Europa del Este, se mostraba permisivo a la hora de dejar salir a sus ciudadanos, así que cada viernes la frontera con Italia se llenaba de excursionistas de fin de semana ansiosos por consumir. Llegaban en trenes, autobuses y coches privados hasta alcanzar el mercado de Ponte Rosso, donde se iniciaba una compra desenfrenada de todo tipo de artículos: café, muñecas, gabardinas, barómetros y, sobre todo, tejanos marca Rifle, el producto estrella porque, para los yugoslavos, constituían un símbolo de estatus y libertad.

Aunque las autoridades toleraban los desplazamientos a Trieste como válvula de escape, también imponían limitaciones al consumo. En la ida solo se podían sacar de Yugoslavia 150 dólares en divisas, de forma que los excursionistas escondían el resto en mangas, calcetines, termos de café e incluso, los más atrevidos, en sus orificios corporales, confiando en pasarlo de contrabando gracias al recato de los aduaneros. En la vuelta, después de haber arrasado con las existencias de Ponte Rosso, ocultaban las prendas en dobles fondos o se las ponían en capas una encima de otra, así que por la frontera desfilaba una sucesión de ciudadanos de sospechosa orondez. Šemsudin, que iba a Trieste no para comprar vaqueros, sino por el simple placer de ver mundo, contemplaba divertido las picarescas de sus connacionales mientras paladeaba un *espresso*, antes de emprender, un poco mustio, la vuelta a la realidad más plomiza de su país natal.

Además de estas excursiones a Trieste, Šemsudin recorrió toda Yugoslavia al volante de su Fiço, una carismática versión del Seiscientos que causó furor entre la clase media. A mediados de los cincuenta, la fábrica de armamento Crvena Zastava (Bandera Roja) suscribió un acuerdo con FIAT para fabricar utilitarios basados en los modelos de la marca turinesa. El primero fue el Zastava 600D, rebautizado como «Fiço» en alusión a un personaje de tebeo. Por un precio que rondaba la veintena de sueldos de un trabajador medio, miles de familias tuvieron el Fiço como primer automóvil.

El delirio por este símbolo de la industrialización yugoslava culminó en la creación de la «Clase Nacional», una categoría de carreras de modelos Fiço en circuitos improvisados a lo largo y ancho del territorio. Ataviado con casco y mono sintético, Šemsudin se lanzaba a competir a velocidades de hasta 140 km/h entre el petardeo atronador de los motores trucados. Aunque la propaganda los presentaba como una cima del automovilismo, la realidad es que los Fiço estaban plagados de defectos de fábrica y tendían a averiarse, de forma que las carreras se convertían en un barullo de coches que se entrechocaban, salían despedidos en las curvas o quedaban inmóviles con el motor calado. Para los pilotos, llegar a meta suponía toda una hazaña, si bien, más que competir, su objetivo era ligotear con las azafatas y disfrutar de la camaradería.

El vecindario de Šemsudin era una representación de la Sarajevo multiétnica, cuyos habitantes parecían convivir como camaradas en la Yugoslavia socialista y como vecinos según los preceptos del *komšiluk*. De la misma forma que, en el centro de la ciudad, se alzaban los templos de las tres grandes religiones monoteístas, en una sola calle Šemsudin, Milan, Franjo y la abuela Esther —un musulmán, un serbio, un croata y una judía— convivían con cordialidad y sin grandes desavenencias. Según la tradición, cuando llegaban las festividades de cada grupo religioso sus miembros debían prodigarse en cortesías con los vecinos: al terminar el mes de Ramadán, Šemsudin les llevaba dulces recubiertos de miel; en la Semana Santa católica y ortodoxa Franjo y Milan correspondían con huevos duros de cáscara teñida; y la abuela Esther, de ascendencia sefardí, repartía bollos para celebrar la fiesta de Purim.

Esta miscelánea de nacionalidades y religiones se cohesionaba a través de dos supraidentidades: la yugoslava, de arraigo creciente, y la sarajevita, fruto de un proceso de decantación secular. Poco dado al proselitismo, el Imperio otomano había organizado a la población no musulmana en comunidades confesionales de notable autonomía, gracias a lo cual sobrevivieron a los vaivenes de la Historia. Como resultado, la pluralidad se convirtió en el rasgo definitorio de Sarajevo, la capital más diversa de Yugoslavia.

Tanto esta convivencia como la vida relajada que llevaba Šemsudin empezaron a resquebrajarse a finales de los ochenta, tras una década de crisis económica y anquilosamiento del sistema. En las repúblicas yugoslavas se despertaron los nacionalismos adormecidos desde la Segunda Guerra Mundial y, espoleadas por el hegemonismo de la Serbia de Slobodan Milošević, Eslovenia y Croacia tomaron el rumbo hacia la independencia. En pocos años se exacerbaron las tensiones étnicas, mientras los órganos federales concebidos como argamasa se deshacían uno tras otro.

En esta atmósfera de confrontación entre la periferia y el centro tuvieron lugar las primeras elecciones democráticas en Bosnia, tras las que los partidos nacionalistas musulmán, serbio y croata formaron un gobierno de coalición. Para justificar esta alianza contra natura, cuyo objetivo era barrer a las opciones multiétnicas, los partidos nacionalistas echaron mano del *komšiluk* como metáfora: de la misma forma que los vecinos convivían pese a formar parte de etnias distintas, ellos serían capaces de compartir el poder en Bosnia sobreponiéndose a las divergencias nacionales.

Pese a su victoria en las elecciones, no tardaron en aparecer las rencillas entre los socios, intensificadas por el inicio de las hostilidades en Eslovenia y Croacia. Después de que ambas repúblicas proclamasen unilateralmente su independencia, el ejército intervino para preservar la unidad de Yugoslavia. Los pasos fronterizos entre Eslovenia e Italia, franqueados por tantos yugoslavos en sus excursiones a Trieste, se convirtieron en el principal escenario de la llamada «guerra de los Diez Días», en la que los partidarios de la independencia eslovena doblegaron a las tropas federales. Mientras, las televisiones croatas repetían sin cesar unas imágenes grabadas en Osijek,

ciudad ribereña del Danubio. Como desafío al avance del ejército, un ciudadano croata aparcaba su Fió frente a una columna de tanques, en un gesto tan simbólico como baldío: el primer blindado en arremeter contra el Fió lo arrastró durante varios metros e hizo añicos su frágil carrocería de latón.

En contraste con la guerra que asolaba la vecina Croacia, en Bosnia reinaba una tranquilidad sorprendente, teniendo en cuenta que, por tratarse de la república más diversa de Yugoslavia, también era la más frágil en caso de disolución violenta del país. Confiados en su tradición multiétnica, los sarajevitas consideraban absurda la idea de que un vecino pudiese disparar contra otro vecino y explicaban que era imposible dividir la ciudad calle por calle, edificio por edificio, apartamento por apartamento, ya que hasta tal punto estaba mezclada la población. Sin embargo, los más pesimistas echaban mano del humor negro: «En este torneo Bosnia está clasificada directamente para la final».

Tras el fracaso de las negociaciones para llegar a un acuerdo confederal, el presidente bosnio Alija Izetbegović se negó a que Bosnia permaneciese en la denominada «Yugoslavia truncada», a la que consideraba un mero tapujo de la Gran Serbia. En un referéndum boicoteado por la mayoría de serbobosnios —cerca de un tercio de la población—, el sí a la independencia se impuso con la práctica totalidad de los votos, emitidos casi en exclusiva por musulmanes y croatas. El mismo día en que los Estados Unidos y la UE reconocieron la independencia de Bosnia, el Ejército Federal lanzó su ataque contra Sarajevo. Cuando cayeron las primeras bombas sobre la ciudad, Šemsudin corrió con su mujer y sus dos hijos al refugio del vecindario, en el sótano de una escuela cercana. Después de compartir con el *komšiluk* las primeras horas de angustia, al volver a su casa la encontró devastada por el impacto de tres obuses que habían arrasado de golpe toda su existencia anterior.

Durante los primeros meses de la contienda, las fuerzas serbobosnias, apostadas en las colinas, aprovecharon su abrumadora superioridad logística para cercar Sarajevo, mientras una abigarrada milicia intentaba detener el martirio de la ciudad. Consciente de que la única opción era luchar por la supervivencia, Šemsudin

se alistó como voluntario en la Armija, el ejército bosnio. Las fuerzas armadas bosnias, organizadas a toda prisa, contaban con mayores efectivos que sus adversarios y les movía la resolución de estar defendiendo sus hogares. No obstante, la mayoría eran combatientes bisoños que apenas habían hecho el servicio militar, lastrados además por una dramática escasez de armamento. En sus primeras misiones, Šemsudin y su unidad ascendían de Sarajevo hacia el monte ataviados con vaqueros y zapatillas deportivas. Solo uno de cada cinco tenía rifle, así que, cuando el portador caía abatido por las balas, el compañero más cercano recogía el arma del suelo y los miembros del grupo que quedaban en pie proseguían aterrorizados su avance.

En las primeras semanas de guerra, los sarajevitas se encontraban ante el dilema de si quedarse o huir a la espera de que la situación se aclarase. Escapar significaba poner fin al sufrimiento y garantizarse la supervivencia, pero también traicionar Sarajevo y abandonar a sus vecinos, quienes acuñaron una expresión sarcástica para referirse a quienes partían: «Se ha disparado de la ciudad». Gracias a sus contactos, a Šemsudin le surgió la ocasión de poner a salvo a su familia mientras él se quedaba en Sarajevo luchando. Un buen amigo serbio empleado en una organización internacional le ofreció evacuar a su mujer, Alma, y a sus dos hijos. Šemsudin aceptó la oferta y se preparó para despedirse de su familia, pero la noche antes de partir, cuando ya tenían hechas las maletas, tanto Alma como sus hijos se negaron a dejarle solo y optaron por quedarse con él en la Sarajevo sitiada. Pronto el amigo de Šemsudin perdió su influencia y la ocasión de marcharse se desvaneció.

Como su apartamento había quedado hecho trizas, Šemsudin y su familia se instalaron en el garaje a pie de calle donde durante años había aparcado su Fíco. Aunque, al caer las bombas, muchos vecinos se refugiaban juntos en el sótano de la escuela, la tensión acumulada y la proximidad de la muerte fueron resquebrajando la cohesión del *komšiluk*. El propio concepto había quedado maltrecho con el solo estallido de la guerra, que había puesto de manifiesto sus limitaciones: los sarajevitas no alcanzaban a comprender cómo era posible que tantos de sus vecinos se hubiesen marchado en secreto de la ciudad para bombardearles desde las colinas.

Ahora que el general serbobosnio Ratko Mladić ordenaba a sus artilleros «aplanar la cordura» de los sitiados, igual que un rodillo sobre la masa de hojaldre, se aguzaban unas diferencias nacionales hasta entonces consideradas irrisorias. En la histeria posterior al estallido de una bomba, algunos vecinos acusaban a Dragan, de etnia serbia, de haber transmitido las coordenadas a los «primitivos de las colinas» e incluso se formaban turbas resueltas a presentarse en su casa a las que Šemsudin trataba de apaciguar. No pocos serbios que se habían quedado en la ciudad vivían experiencias mortificantes por ser sospechosos de simpatizar con los agresores o formar parte de una quinta columna.

Al cabo de semanas de hostilidades, Šemsudin se libró del frente por un guiño del destino. Dado que la tropa, cada vez más numerosa, no podía guerrear con el estómago vacío y Šemsudin tenía experiencia por el negocio de su familia, los mandos le asignaron un grado singular: el de soldado-panadero, con la misión de hornear a diario decenas de panecillos que los reclutas se llevaban a las trincheras. Aunque, gracias a este empleo, disfrutaba de una posición más guarecida en el cuartel, Šemsudin sufría una angustia tremenda al repartir los panecillos a los soldados listos para salir de misión, consciente de que varios de ellos jamás regresarían.

Durante los casi cuatro años de cerco sobre Sarajevo, el ejército serbobosnio mantuvo la ciudad al borde de la asfixia, mientras la Armija se esforzaba por romper el asedio en busca de una bocanada de aire. Con toda su superioridad logística, las tropas serbobosnias carecían de infantería suficiente para asaltar la ciudad, además de tener que plegarse a las imposiciones que iban dictando las grandes potencias. De esta forma, tras el primer medio año de guerra las líneas de frente apenas se desplazaron, en una batalla en la que ningún contendiente parecía capaz de vencer. Mientras se alargaba el bloqueo, con Sarajevo transformada en una ratonera, miles de conciudadanos de Šemsudin caían víctimas de la artillería y los francotiradores ante la indiferencia obscena de la comunidad internacional.

Gracias a su condición de panadero castrense, Šemsudin podía reservar parte de los bollos para alimentar a su familia, un privilegio en comparación con la mayoría

de sitiados. Para aliviar las estrecheces que sufría Sarajevo, las cuales obligaban a sus habitantes a reconvertir en huertos los patios de sus casas, la comunidad internacional estableció un puente aéreo de ayuda humanitaria. Cada día los aviones militares llevaban a la ciudad más de 150 toneladas de alimentos y medicinas. Los víveres que más apreciaban los desnutridos sarajevitas eran la comida enlatada, la pasta, la leche en polvo y el queso, mientras que el culmen de la repugnancia lo suscitaba el nauseabundo ICAR, un producto enlatado de carne de ternera del que incluso los animales huían asqueados.

Los sitiados completaban su dieta adquiriendo en el mercado negro alimentos que habían sido desviados de la ayuda humanitaria o rapiñados de comercios y viviendas vacías. Por si no bastase con que el ejército serbobosnio, gracias a su control sobre los accesos a Sarajevo, se apropiase de cerca de una cuarta parte de los suministros de la ONU, los contrabandistas locales, conchabados con el enemigo, introducían una fracción de estos mismos alimentos en la ciudad con unos beneficios de hasta el 7000 %. En estos tejemanejes contaban con la connivencia del Gobierno bosnio, que gravaba la mercancía con impuestos para financiar sus necesidades de guerra. Pronto se abrió una brecha entre la nueva élite, centrada en amasar fortunas a través de toda clase de negocios turbios, y los ciudadanos de a pie como Šemsudin, que luchaban por salvar el pellejo.

Šemsudin pasó el resto del conflicto bélico como panadero militar, salvo por una descoordinación en el mando que casi le cuesta la vida. Con la mayoría de unidades fuera de Sarajevo, escaseaban los efectivos en el puente de Vrbanja, a pocos metros de las posiciones serbias. Por la falta de tropas, un subcomandante ordenó a Šemsudin que abandonase el cuartel general y le destinó como soldado raso al frente, uno de los más contendidos. Durante su estancia en Vrbanja, Šemsudin participó en una incursión en los edificios al otro lado del río, donde llegó a estar pared con pared con el adversario mientras luchaba por contener el resuello. Su misión terminó al cabo de dos semanas, cuando un comandante averiguó lo ocurrido. Además de ordenarle que no se moviese más de su lugar junto al horno, el oficial abroncó al subordinado responsable de la confusión con una lógica tan cruda como irrefutable: «Si matan a un

soldado habrá muerto solo él. ¡Si matan al panadero nos moriremos todos de hambre!».

El sitio de Sarajevo terminó al cabo de 1425 días y se convirtió en el más largo de la historia, un récord que los sarajevitas acogieron con sarcasmo coreando «We are the Champions», de Queen. Ahora Šemsudin tenía empezar de cero, sin los desahogos a los que estaba hecho desde su infancia. Como los ahorros que tenía en el banco se habían volatilizado, recurrió a las agencias de microcréditos que proliferaban por la ciudad para reconstruir la casa familiar y reabrir la panadería. De entrada, renunció a vender *somuni* a pie de calle y transformó el negocio en un horno al por mayor. Sin embargo, lo más penoso para un *bon vivant* como él fue tener que arremangarse y trabajar noche tras noche, amasando decenas de panecillos que luego horneaba al filo del alba.

Con la guerra había surgido una nueva clase de triunfadores vinculada a los partidos nacionalistas, en el caso de Sarajevo al SDA o Partido de Acción Democrática, la principal formación bosniaca, repleta de los llamados «musulmanes recién salidos del horno» por su súbito descubrimiento de la fe. Instalada en el poder gracias a sus corruptelas durante el cerco, esta nueva casta monopolizaba los contactos y las oportunidades de negocio, así que Šemsudin se acostumbró a ir tirando con los pedidos de un par de comedores escolares a la espera de que llegase Ramadán. En las copiosas cenas con las que los musulmanes de Sarajevo rompen el ayuno al caer el sol, sobre la mesa jamás faltan las cestas de *somuni*, espolvoreados con semillas de comino de acuerdo con una sentencia atribuida a Mahoma: «El comino contiene la cura de todas las enfermedades, salvo la muerte».

Como muchos otros sarajevitas, Šemsudin decidió vender su chalé en Jahorina porque le causaba aversión encontrarse en la perspectiva de quien le había bombardeado. Con el dinero que obtuvo empezó a rehacer la planta superior de su casa, devastada por los obuses al estallar la guerra. Aunque consiguió financiar las obras a través de microcréditos, la reconstrucción se alargó durante años, ya que debía apañárselas para mantener a su familia, sufragar los gastos del horno, comprar

materiales de construcción y devolver los préstamos en los plazos estipulados. Además de hacer malabares económicos, decidió ahorrar hasta donde pudiese en albañiles y cargó sobre sus hombros las tareas de construcción. Tirando de ingenio y maña, dispuso el hormigón de base, instaló techumbres y pavimentos, montó casi todos los muebles y colocó tanto el tendido eléctrico como los conductos de agua y gas. Su labor se materializó en dos acogedoras buhardillas de madera rústica, decoradas con alfombras orientales y grabados de latón con estampas de Sarajevo.

Šemsudin consiguió hacer entrar estas dos buhardillas en el circuito de alquiler para los extranjeros que venían instalándose en Sarajevo desde la llegada de la paz. La comunidad internacional debía tutelar la Bosnia de posguerra, así que en la ciudad se estableció una pléyade de organizaciones bautizadas con acrónimos que conformaban una densa sopa de letras. Aunque, sobre el papel, sus propósitos eran de lo más nobles, terminaron conformando una burbuja aislada de los bosnios de a pie. Sumidos en una vorágine de seminarios, paneles y mesas redondas, muchos apenas tenían contacto directo con la realidad local, pese a que su presencia se justificaba por los tormentos que sufría Bosnia. En el lado positivo de la balanza, la oleada de internacionales se convirtió en una fuente de socialización y empleo para bosnios políglotas, logró progresos tangibles en varias facetas y aportó una masa de consumidores que dinamizó la economía. Sin ir más lejos, Šemsudin viene recibiendo hasta hoy a una larga ristra de inquilinos gracias a cuyos alquileres llega a fin de mes.

Las buhardillas le permiten contrarrestar la apurada situación de su panadería, que solo mantiene abierta por tradición familiar. Cuando se levanta de madrugada para amasar el pan, en su pecho se aviva el remordimiento por no haber evacuado a los suyos. Los primeros tiempos de los sarajevitas que se marcharon no fueron nada sencillos: aislados en países cuya lengua desconocían, pasaban largas horas pegados al televisor contemplando la destrucción de su ciudad e intentaban hacer llegar por medios extraoficiales cartas, dinero y alimentos a sus seres queridos. No obstante, muchos de los que decidieron dar el paso hoy gozan de una vida asentada y, aunque les atormenten el desarraigo y la mala conciencia, disponen de unas condiciones materiales alentadoras e incluso pueden echar una mano a los familiares que han

quedado atrás. Semijubilado con una pensión exigua y sin parientes que le envíen remesas, a Šemsudin le devora el arrepentimiento por no haberse ido de Bosnia, donde la mayoría de la población mantiene una existencia precaria con el dinero que va sacando de aquí y de allá.

El contraste resulta más doloroso cuando los que se fueron vuelven por unos días. Su amigo Zoran, también sarajevita de toda la vida, pero con familiares y una vivienda en la costa de Montenegro, huyó con el estallido de las primeras bombas. Hasta ese momento, Šemsudin y él habían sido uña y carne: se encontraban a diario para esquiar en Jahorina o charlar frente a una taza de café. Sin embargo, desde que sus caminos se separaron por la guerra han corrido suertes contrarias. Mientras Zoran posee una empresa de pinturas con clientes en toda Europa, una lujosa residencia con vistas al mar y un velero de quince metros de eslora con el que navega por el Adriático, Šemsudin, aprisionado en su Sarajevo natal, contempla la creciente acumulación de recibos y enciende un cigarrillo tras otro para sofocar la angustia. Cuando Zoran acude a visitarle, le trae vino tinto casero elaborado de su propia vid pero, por mucho que se sienten a recordar los viejos tiempos, son conscientes de que habitan en mundos casi antagónicos.

Como buena parte de los bosnios, Šemsudin convive con su familia al completo, a pesar de que sus dos hijos se acerquen ya a la treintena. Dino, el mayor de ellos, tiene un empleo seguro desde hace años, un privilegio en la achacosa economía bosnia, pero, fuera de él, sus intereses se reducen a tunear su Volkswagen. A la vuelta del trabajo, engulle de un bocado la comida que le ha preparado su madre y se encierra en el garaje donde la familia se refugió durante el sitio para hurgar en el coche, mientras Šemsudin le mira taciturno desde la ventana, quizás recordando el runrún de su Fió. Ahmed, su hijo menor, ha tenido una fortuna laboral más adversa. Tras completar los estudios de filología, topó con la corrupción de la enseñanza pública: para conseguir un trabajo como docente hay que tener contactos en algún partido político o pagar bajo mano entre 5000 y 15 000 euros. Con la entrada al sistema educativo vedada si no toma parte en estos manejos, Ahmed lleva una existencia apática, recluido días enteros en su habitación mientras el desaliento le carcome.

Para colmo de infortunios, Alma, la esposa de Šemsudin, lleva años luchando contra el cáncer. Aunque, como muchos bosniacos, durante la guerra buscó un asidero en el islam, jamás se había cubierto la cabeza, así que el vecindario se quedó atónito al verla tocada con un pañuelo. Pronto se descubrió que el motivo no era el pudor religioso, sino disimular la caída del pelo causada por la quimioterapia, que la deja angustiada y exhausta. Cuando los bosnios enferman, deben luchar contra una sanidad disfuncional e inhumana: cualquiera puede terminar la carrera de Medicina a base de sobornos al profesorado, así que muchos médicos no son de fiar, y otros piden dinero al usuario para acelerar las pruebas, saltarse las listas de espera previas a una operación y garantizar que en los partos no ocurra «ningún imprevisto». A esto hay que sumarle una burocracia monstruosa: Šemsudin suele blandir ante sus interlocutores el papeleo vinculado a los tratamientos de Alma, de un grosor equivalente a tres tomos de enciclopedia.

La enfermedad de su esposa, el individualismo de su hijo mayor y la depresión del pequeño dejan a Šemsudin como el único miembro de la familia con arrestos para sacarla adelante. Sin embargo, la desazón ha ido haciendo mella en su campechanía natural y, con los años, vive cada vez más encerrado en sus preocupaciones. A veces deambula por el patio con una caja de bricolaje a cuestas, alargando sin necesidad las tareas más banales, y otras se junta con sus amigos para disfrutar del *akšamluk*. Es tradición desde la época otomana que, al caer la tarde, los grupos de hombres se reúnan en algún lugar apacible para conversar y beber aguardiente, acompañado de queso y embutidos para que no se les suba a la cabeza. La esencia del *akšamluk* no consiste en emborracharse, sino en cultivar un hedonismo mesurado y sereno. En este sosiego del atardecer, Šemsudin pierde el hilo de la conversación o deja de escuchar los canturreos de los comensales para quedarse fumando con aire pesaroso.

Como toda Sarajevo, el *komšiluk* se ha transformado en las últimas décadas: tras la partida en masa de croatas y serbios, ahora predominan los vecinos bosniacos, por lo que las estampas de convivencia entre pueblos son cada vez más desusadas. Sin embargo, el mayor vuelco demográfico en la ciudad ha sido la sustitución de la población urbana por bosniacos de provincias, a quienes los oriundos culpan de la

decadencia de Sarajevo por su primitivismo y estolidez. Consciente de que llegaron huyendo del cuchillo serbio, Šemsudin les trata con deferencia y explica que quienes blasfeman de ellos intentan encubrir su propia falta de alcurnia, porque, más tarde o más temprano, todo el mundo ha llegado a Sarajevo desde algún lugar.

Aunque el vecindario actual sea menos urbano y más homogéneo, hay cosas que no han cambiado, en especial la propensión del *komšiluk* a entrometerse en la vida ajena. Educado en la idea de que las formas son también el fondo, Šemsudin se afana por ofrecer una cara risueña al mundo exterior: más allá de los desengaños acumulados y los apuros del día a día, conserva contra viento y marea tanto su formalidad exquisita como sus ademanes de viejo galán. Para no dar pábulo a las murmuraciones, antes de cruzar el umbral de su casa se compone respirando hondo y baja por una callejuela en dirección al centro. Si encuentra a algún vecino, yergue de golpe su corpachón y, proyectando con voz redonda, le saluda a la antigua, a la turca: ¡*Merhaba!*

La historia de Šemsudin ilustra una de las mayores consecuencias de la guerra: la completa subversión de la estructura social del país. Tras los burócratas del socialismo, ascendió al poder una casta rapaz y cleptócrata que tiene sumida a Bosnia en un lodazal de corrupción. Los mismos partidos nacionales que gobernaron juntos después de las primeras elecciones y arrastraron a la población a un conflicto fratricida han tomado el país entero como botín de guerra, ayudados por un sistema político basado en la etnia que deja indefensos a los bosnios de a pie: estudiantes, pensionistas, trabajadores rasos y veteranos de guerra reciben un trato casi de súbditos por parte de esta clase usurpadora, obsesionada con el latrocinio y el acopio de prebendas.

Salvo los lacayos de los partidos o los empleados en organizaciones internacionales, la mayoría de bosnios no ha caído en la miseria, pero mantiene una lucha constante por mantenerse en pie. Las estrecheces y el desengaño han quebrado la resistencia moral de no pocos, que ventilan sus frustraciones a través de la mezquindad con sus iguales mientras votan una y otra vez a los partidos que les

condujeron a la ruina. Sin embargo, muchos otros perseveran frente a los obstáculos con una fortaleza y dignidad admirables: más allá de las tragedias sufridas y las contrariedades del presente, son miles los bosnios que no se han doblegado y que, como Šemsudin en su horno, siguen luchando por ganarse el pan.

CRONOLOGÍA BÁSICA RELACIONADA CON BOSNIA

1389 — Batalla de Kosovo, en la que el ejército del Imperio otomano se enfrenta a una alianza de tropas cristianas, principalmente serbias. El nacionalismo serbio la consagrará como mito fundacional, por considerarla el fin de la independencia de los reinos medievales serbios.

1463 — Caída del reino medieval de Bosnia en manos del Imperio otomano. La presencia otomana en el territorio de la actual Bosnia-Herzegovina se prolongará durante cuatro siglos.

1878 — Aplicando las decisiones del Congreso de Berlín, el Imperio austrohúngaro conquista Bosnia-Herzegovina y pone fin al dominio otomano. En 1908 se anexionará el territorio ante la indignación de Serbia y los yugoslavistas balcánicos.

1914 — El estudiante Gavrilo Princip, miembro de un grupo de revolucionarios yugoslavistas, asesina en el centro de Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria-Hungría. Este atentado desencadenará la Primera Guerra Mundial.

1918 — Tras la derrota del Imperio austrohúngaro en la guerra, se funda el reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, rebautizado en 1929 como «reino de Yugoslavia».

1941 — Invasión de Yugoslavia por las potencias del Eje, que se anexionan partes de su territorio y, en otras, instauran regímenes colaboracionistas. Bosnia-Herzegovina pasa a formar parte del Estado Independiente de Croacia, gobernado por ultranacionalistas croatas llamados «ustachas».

1945 — Liberación de Yugoslavia por los partisanos comandados por Tito, que establecen un régimen comunista. La nueva Yugoslavia tiene una ordenación federal y Bosnia-Herzegovina pasa a ser una de las repúblicas que la componen.

1991 — Tras el desmoronamiento del comunismo por buena parte de Europa, en Yugoslavia las repúblicas de Eslovenia y Croacia declaran su independencia y estallan sendas guerras de secesión.

1992 — Estallido de la Guerra de Bosnia, en la que participan el Ejército de la República de Bosnia-Herzegovina (más conocido como «Armija»), el Ejército de la República Srpska, el Consejo de Defensa Croata y el Ejército de la Provincia Autónoma de Bosnia Occidental. En un territorio con 4,4 millones de habitantes, causará más de 100 000 muertos, un número similar de heridos y 2,2 millones de desplazados.

1993 — Estallido de la guerra entre el Ejército de la República de Bosnia-Herzegovina (Armija) y el Consejo de Defensa Croata, hasta entonces aliados contra el Ejército de la República Srpska. Los bandos volverán a aliarse con la firma de los Acuerdos de Paz de Washington en 1994.

1995 — Las tropas del Ejército de la República Srpska y paramilitares serbios perpetraron un genocidio contra más de 8000 bosniacos del enclave de Srebrenica, en Bosnia Oriental. Los bandos beligerantes (bosnio, croata y serbio) firman los Acuerdos de Paz de Dayton, auspiciados por los Estados Unidos, mediante los que se pone fin a la guerra.

GLOSARIO

Armija: fuerzas armadas de Bosnia-Herzegovina, multiétnicas pero con mayoría de bosniacos. Uno de los bandos combatientes en la guerra de Bosnia-Herzegovina.

Bosnia: región histórica que comprende el 81 % de Bosnia-Herzegovina, la práctica totalidad del país salvo su parte meridional. También nombre usado habitualmente (incluido en este libro) para designar a Bosnia-Herzegovina, de acuerdo con el principio de *pars pro toto*.

Bosniacos: nación formada por individuos de tradición musulmana que habitan sobre todo en Bosnia, pero también en los países vecinos o en la diáspora.

Chetniks: guerrilleros defensores de la monarquía serbia durante la Segunda Guerra Mundial. De alzarse contra la ocupación de las Potencias del Eje, pasaron a colaborar con ellas, perpetrar masacres contra los musulmanes bosnios y luchar sobre todo contra los partisanos.

Ejército Federal Yugoslavo: ejército formado por el régimen socialista yugoslavo y uno de los bandos combatientes en las guerras de secesión de Croacia y Eslovenia. También durante los primeros meses de la guerra de Bosnia, tras los que fue sustituido por el Ejército de la República Srpska.

Federación: una de las dos entidades que conforman Bosnia, donde vive una mayoría de bosniacos (70,40 %) y croatas (22,44 %).

HDZ: Hrvatska Demokratska Zajednica (Comunidad Democrática Croata). Partido político fundado en 1989 por un grupo de disidentes del comunismo que lideraba Franjo Tuđman. Desde sus inicios ostenta la hegemonía dentro del nacionalismo croata.

Herzegovina: región meridional de Bosnia-Herzegovina que representa el 21 % de su territorio. Herzegovina y Bosnia son las dos regiones históricas que componen el país.

HVO: Hrvatsko Vijeće Obrane (Consejo de Defensa Croata). Ejército de Herzeg-Bosnia, la entidad de mayoría croata creada en Bosnia-Herzegovina durante la guerra.

Izetbegović, Alija: presidente de Bosnia-Herzegovina, nacionalista bosniaco, que llevó el país a la independencia y lo lideró durante la guerra de los noventa. Murió de una enfermedad cardíaca en 2003.

Karadžić, Radovan: líder de los nacionalistas serbios de Bosnia durante el primer lustro de los años noventa, incluida la guerra. Condenado por el Tribunal de La Haya a cadena perpetua por crímenes de guerra y lesa humanidad.

Krajina: región históricamente fronteriza entre los imperios otomano y austrohúngaro. Hoy la antigua parte austrohúngara se encuadra en el territorio de Croacia y la antigua parte otomana, en el de Bosnia.

Jasenovac: sistema de campos de concentración a orillas del río Sava donde los ustachas exterminaron a serbios, judíos, gitanos y opositores a su régimen durante la Segunda Guerra Mundial.

Milošević, Slobodan: presidente de Serbia y la República Federal de Yugoslavia durante la mayor parte de los años noventa. Azuzador del resurgimiento del nacionalismo serbio. Murió en 2006 de un ataque al corazón mientras era juzgado por el Tribunal de La Haya.

Mladić, Ratko: general que comandó las tropas de la República Srpska durante la mayor parte de la guerra de Bosnia, incluidos el sitio de Sarajevo y la toma de

Srebrenica. Condenado por el Tribunal de La Haya a cadena perpetua por crímenes de guerra y lesa humanidad.

Partisanos: guerrilleros antifascistas que, durante la Segunda Guerra Mundial, luchaban por liberar Yugoslavia de la ocupación de las Potencias del Eje y sus colaboracionistas locales. Su victoria sentó las bases de la Yugoslavia socialista.

República Srpska: entidad creada por los nacionalistas serbios de Bosnia-Herzegovina, que proclamó su independencia en 1992. Al finalizar la guerra quedó, junto con la Federación, como una de las dos entidades que conforman Bosnia-Herzegovina.

SDA: Stranka Demokratske Akcije (Partido de Acción Democrática). Partido político fundado en 1990 por Alija Izetbegović y otros nacionalistas bosniacos. Desde sus inicios ostenta la hegemonía dentro del nacionalismo bosniaco.

SDS: Srpska Demokratska Stranka (Partido Democrático Serbio). Partido político fundado en 1990 por los nacionalistas serbios de Bosnia y hegemónico durante la guerra. Su primer y más importante líder fue Radovan Karadžić.

Tito, Josip Broz: líder de la guerrilla partisana que liberó Yugoslavia de la ocupación de las Potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial y jefe de Estado de la Yugoslavia socialista hasta su fallecimiento en 1980. Con su muerte desapareció uno de los elementos cohesionadores de Yugoslavia.

Tuđman, Franjo: primer presidente de Croacia tras la llegada de la democracia. Nacionalista croata, llevó al país a la independencia y posterior victoria en la guerra de secesión. Murió de cáncer en 1999.

Ustachas: ultranacionalistas croatas aupados al poder en el Estado Independiente de Croacia por Alemania e Italia durante la Segunda Guerra Mundial. Perpetraron masacres atroces contra serbios, judíos, gitanos y croatas opuestos al régimen.